

TEMA CENTRAL

**“Las Ciencias Humanas y de
la Educación en debate”**

t

LAS CIENCIAS SOCIALES EN LA UNIVERSIDAD Encrucijadas y desafíos desde la antropología



*José E. Juncosa**

Las carreras vinculadas con las ciencias sociales de la Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación de la Universidad Politécnica Salesiana son espacios privilegiados para hacer posibles los desafíos que entraña la misión institucional. Sin embargo, se desarrollan en medio de una conciencia generalizada de crisis que se expresa en la baja demanda, en comparación con otras ofertas académicas, y en dificultades curriculares para identificar los enfoques más adecuados, síntomas comunes de las mismas carreras de otras universidades. Los factores que explican el cuadro no se originan solo en causas internas sino en elementos contextuales más amplios que es necesario explorar e investigar con mayor profundidad. El sentimiento de perplejidad atraviesa la totalidad de las ciencias humanas y sociales y está, cada vez más, presente en la reflexión latinoamericana¹ cuyos aportes intentan plantear balances más o menos amplios muchos de ellos referidos a la crisis de la antropología, lugar desde el cual formularé la presente contribución intentando ampliar la discusión al conjunto de las ciencias sociales.

La búsqueda de explicaciones, como veremos, apunta a los límites teóricos y epistemológicos, además de la cuestionada utilidad del enfoque interpretativo de estas ciencias para enfrentar los problemas del mundo contemporáneo.

La búsqueda de explicaciones, como veremos, apunta a los límites teóricos y epistemológicos, además de la cuestionada utilidad del enfoque interpretativo de estas ciencias para enfrentar los problemas del mundo contemporáneo.

Las reflexiones no deben resultar extrañas aun para aquellas iniciativas académicas exitosas en este ámbito, pues los alcances de la crítica son muy profundos; replantear el sentido de la profesionalización en las diversas disciplinas de las ciencias sociales es vital también para la misión de la Universidad Politécnica Salesiana, la cual apunta a la formación de “sujetos protagónicos de las transformaciones sociales que garanticen el bien común” en el contexto de una propuesta educativa “popular y liberadora” a través de la formación de “actores sociales y políticos con una visión crítica de la realidad, socialmente responsables y con voluntad transformadora”². Según estos objetivos las ciencias sociales debieran aportar de forma mucho más directa que otras y, si ello no sucede el debate, entonces, toca el corazón mismo de nuestra misión y visión.

Para identificar las encrucijadas de las ciencias sociales, el conocer los cuestionamientos y dibujar, aunque muy genéricamente, el perfil de esta crisis con la cual estas ciencias parecen convivir desde siempre ya es un buen paso. Luego identificaremos los desplazamientos y los cambios para, finalmente, plantear los desafíos más urgentes.

* Antropólogo, profesor de la Carrera de Antropología Aplicada.

¹ Una serie de estudios han dado cuenta de esta crisis y la han explicado de diversas maneras. Se pueden considerar los siguientes: GOMARIZ, Enrique. “Crisis de las ciencias sociales. Un estudio comparativo”; en Cuadernos de Ciencias Sociales, FLACSO, San José, 1996; LÓPEZ SEGURA, E.: Abrir, impensar y redimensionar las ciencias sociales en América Latina y el Caribe. ¿Es posible una ciencia social no eurocéntrica en nuestra región?; www.clacso.org; WALLERSTEIN, Immanuel. Abrir las ciencias sociales, Ed. S. XXI, México, 1996.

² Ver tríptico oficial de promoción de Oferta Académica de la Universidad Politécnica Salesiana, 2004.

1. Perfiles de la crisis

Nunca como hoy la credibilidad y legitimidad de las ciencias sociales ha sido puesta en duda con tanta radicalidad. La vertiente externa del cuestionamiento reúne una cantidad grande de actores de muy diversa índole: tecnócratas y financieros, investigadores de ciencias duras, gestores del desarrollo, administradores públicos, entre otros que señalan su escasa contribución a la generación y distribución de riqueza, en comparación con otras ciencias. Desde tales escenarios, es indudable el descrédito con que gozan categorías clave acuñadas en el seno de la sociología o de la antropología para explicar fenómenos sociales relacionados con la economía, la política y el desarrollo, al punto que “muchos sostienen que la cultura es una categoría residual, donde buscan refugio los sociólogos perezosos cuando no logran desarrollar una teoría más rigurosa”, tal como constata por supuesto sin adherirse- Francis Fukuyama³.

El impacto de tales representaciones y discursos en las políticas universitarias serán inexorables al punto que nosotros también acusamos el golpe. Por ejemplo, la competitividad del mercado laboral y el progreso tecnológico se consolidan como criterios que rigen las políticas de homologación de títulos universitarios en la Unión Europea⁴; al mismo tiempo, estos criterios se han cristalizado como un lugar común de la institucionalidad universitaria del Ecuador muy presente en la publicidad que sustenta las numerosas ofertas académicas. Por ello, tanto en Europa como en América Latina, en un marco en el que las ciencias sociales y

los estudios humanísticos y artísticos no gozarán de la misma consideración, es muy posible que “la medicina, el derecho, la economía seguramente seguirán adelante en su andadura. La historia, la antropología, la psicología, la lingüística y la geografía puede que tengan que justificar en qué contribuyen a la creación de riqueza”⁵.

Los cuestionamientos no solo provienen de la academia enrumbada en las finanzas y la economía; debemos incluir a no pocos movimientos sociales que se han fortalecido merced a una interacción rica pero siempre tensa con las ciencias sociales. Los pueblos indígenas, por ejemplo, han extendido una densa capa de sospecha sobre la legitimidad y utilidad de cierto tipo de investigaciones antropológicas y lingüísticas y, en medio de insoslayables urgencias políticas y planes de desarrollo, terminaron por prescindir casi por completo de la interacción con sus marcos disciplinares, pese a la utilidad histórica e instrumental de conceptos como ‘cultura’ e ‘identidad’ en el fortalecimiento de sus organizaciones y en el desarrollo de diversas iniciativas educativas y de revitalización identitaria.

A este panorama debemos añadir las voces que se originan al interno mismo de las ciencias sociales. Las experiencias dejan entrever la debilidad de las ciencias sociales para generar una comprensión respetuosa del otro, liberada de herencias coloniales (‘conocer para dominar’) y al servicio de lo que hoy denominamos ‘la perspectiva del actor’⁷. La vertiente de

³ FUKUYAMA, Francis: “A 100 años del aporte de Max Weber”; edición digital de La Nación (www.lanacionline.com), marzo del 2005.

⁴ Ver el reporte que realiza Perinat (*Conocimiento y educación superior. Nuevos horizontes para la Universidad del siglo XXI*, Paidós, Barcelona, 2004: 15-16 y 85 ss), basado en la Declaración de Bolonia (1999), la Declaración de Graaz (2003) y Salamanca (2001) sobre el Sistema de Enseñanza Superior Europeo.

⁵ Perinat, op. cit.: 15

⁶ Ver por ejemplo el siguiente estudio de PIOLA, María Eugenia et al. “Paradigmas en crisis ante los nuevos y viejos desafíos de la cuestión social en América Latina”. En *Scripta Nova, Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 69, 200, Universidad de Barcelona.

⁷ GUBER, Rosana: *El salvaje metropolitano*, Paidós, Buenos Aires, 72 ss.

autocrítica es tan radical que al parecer no existen ciencias más conscientes de sus propios límites que las sociales las cuales se desarrollan en medio de continuas formulaciones y reformulaciones de sus aparatos críticos, de sus teorías y métodos. En cuanto a la interpretación de este hecho, me suscribo ampliamente a los que afirman que las ciencias sociales viven en un estado de crisis crónica que parece ser inherente y consubstancial con su esencia: más que un síntoma de debilidad, este rasgo debe ser considerado un estado natural, un signo de madurez y una marca identitaria. En efecto, a diferencia de los físicos, los antropólogos y sociólogos parten de cuestiones básicas y teóricas que nunca dan por sentadas y sin acuerdos comunes sobre sus campos de investigación; las ciencias sociales, felizmente, no se desarrollan en base a un único paradigma ni según las normas de una escuela única y predecible de pensamiento. La intuición de Merton debe servir de horizonte para asumir el potencial inscrito en la pluralidad de teorías y métodos propios de las ciencias sociales que la habilitan para integrar una gran cantidad de fenómenos y problemas en una cantidad también muy grande de posibles enfoques y respuestas: “La crisis crónica de la sociología, con su diversidad, competencia y enfrentamiento de doctrinas, parece preferible a la... prescripción de una única perspectiva teórica que se comprometa a proporcionar un acceso total y exclusivo a la verdad sociológica... Ningún paradigma ha empezado siquiera a demostrar su coherencia para la investigación de toda la gama de las cuestiones sociológicamente interesantes”⁹.

Así, el pluralismo teórico es inherente a las ciencias sociales y nos abre la posibi-

lidad de una suerte de ‘eclecticismo disciplinado’, necesario y productivo. Basta revisar el desarrollo de la antropología ecuatoriana en los últimos veinte años para darse cuenta de los cambios temáticos y conceptuales por los que ha pasado, de su plasticidad y adaptabilidad no solo respecto a los desafíos de los escenarios sociales, sino su receptividad respecto a los nuevos y profusos marcos teóricos emergentes.

Este panorama incluye también paradojas y contradicciones de difícil interpretación y valoración; por ejemplo, al observar la otra cara de la medalla, conceptos claves acuñados en el seno de la antropología y la sociología se han difundido e infiltrado exitosamente en otras áreas del conocimiento, especialmente del desarrollo, la gestión y la comunicación. Así, con frecuencia oímos hablar de ‘cultura institucional’, de ‘cultura política’, de ‘interculturalidad y tolerancia’, de ‘educación intercultural’, de ‘políticas culturales’, ‘inculturación’ (para mencionar un escenario teológico y pastoral) tal como si finalmente la antropología hubiese triunfado en su pretensión de imponer la cultura como una categoría que explica todos los órdenes de la realidad social. Hoy, no existen programas de capacitación para empresarios, políticos, educadores, especialistas en derecho, gerentes, líderes, gestores del desarrollo, animadores, comunicadores sociales y agentes pastorales que no incluyan el eje de la cultura en algunos de sus módulos. No obstante, cuanto más se ha difundido y generalizado el uso de este concepto, menos aceptación parece tener la antropología como disciplina científica; la cultura, por último, se ha convertido en un insumo conceptual al alcance de todos (del sentido común de todos) que pareciera no requerir de especialistas para su manejo.

⁸ Como lo señala Wittrock en *La investigación de la enseñanza*, I, Paidós, Barcelona, 1997: 13 ss., a partir de Merton, 1975.

⁹ Merton, en Wittrock, op. cit.: 14.

También es muy significativo el que las fronteras con otras ciencias conexas sean cada vez más permeables y difusas lo cual parece quitar peso a la especificidad de una opción profesional diferenciada y específica. Hay quienes afirman que, por último, la antropología no es más que una semiótica social; otros, unen la sociología y la antropología sin casi identificar enfoques distintivos.

Como quiera que sea, verificamos en los programas académicos relacionados con ciencias sociales y antropología una serie de desplazamientos que evidencian, paradójicamente, un ciclo de enriquecimiento y mayor complejidad tanto de las teorías emergentes cuanto de los fenómenos sociales bajo consideración. Revisemos estos desplazamientos:

- Desplazamientos teóricos y nuevas interacciones

En los últimos años se ha pasado desde visiones esencialistas de la cultura hacia las relacionales, con preferencia de posturas críticas que valoran el conocimiento de la gente y los marcos interdisciplinarios. Las estructuras sociales y la cultura no se consideran tanto realidades objetivas cuanto productos de la acción humana (que en ciertos momentos alcanza una fuerza objetiva) que emergen de las relaciones entre las personas y los grupos. Podemos afirmar que los conceptos son más abundantes y ricos y han evolucionado desde visiones que han incluido el folclor y la recuperación cultural y patrimonial hacia otras que privilegian la acción y la concertación negociada con los grupos que tradicionalmente han sido objeto de estudio antropológico a fin de proponer un conocimiento transformador.

Es evidente también que con respecto a la inclusión de nuevos ejes temáticos, las ciencias sociales se han enriquecido al incorporar, además de los sujetos tradicio-

nales (étnicos, campesinos, culturas diversas) que han captado su atención, a nuevos sujetos sociales como jóvenes, GLBT, mujeres, medios de comunicación, fenómenos urbanos, movimientos sociales, participación ciudadana, el Estado y sus instituciones, etc. Los desplazamientos relacionados con los ámbitos y los espacios de investigación también han sido profundos y han enriquecido cualitativamente el ejercicio de las ciencias sociales. Se han incorporado los espacios regionales, el de las políticas públicas y el desarrollo, la migración y las relaciones internacionales, el espacio de la vida cotidiana, el ámbito de la nación y el de la ciudad como lugares que exigen investigación e imaginación antropológica.

Al revisar estos temas, pareciera que la mirada de las ciencias sociales privilegia el 'nosotros' antes que los 'otros'; es decir, se han incluido temas más afines con la sociología que con la antropología lo cual nos inserta en el debate de las fronteras entre estas dos ciencias. Algunas voces asumen que el repliegue hacia los 'otros' (los indígenas, los negros, los urbanos exóticos) es considerado, a menudo, como un síntoma de decadencia y de aburguesamiento que no bien cuenta con planes de financiamiento se refugia en instituciones y departamentos que cultivan temas con los cuales se siente muy cómoda en lugar de incorporar la empresa, las instituciones y la gestión pública como áreas de interés cercanas, urgentes y actuales para las cuales, por supuesto no existe financiamiento permanente y cuyo desarrollo ha enriquecido la disciplina en tiempos de crisis económica¹⁰.

¹⁰ ROCA, Jordi: *Antropología industrial y de la empresa*, Ariel, Barcelona, 1998: 16 ss.

Para algunos, en cambio, la visión del 'otro' es crucial para el destino de la antropología ya que ello posibilita entender el 'nosotros'¹¹.

El debate contemporáneo en torno al carácter necesario o no de la vinculación de la antropología con el estudio del 'otro' es muy actual y enriquecedor y atraviesa también nuestras aulas y la conversación entre colegas. Algunos afirman, por ejemplo, que la división de campos de estudio entre la antropología y la sociología que reserva para la primera las sociedades diversas (supuestamente simples, 'primitivas') y para la segunda las sociedades industrializadas y urbanas (complejas y evolucionadas) es una herencia producida por la racionalidad capitalista de la división del trabajo antes que el resultado de la lógica interna de estas ciencias. Muchos restan importancia a esta división a la vez que proponen una frontera permeable entre ambas: se trata de acentos y énfasis al punto que la antropología privilegia el mundo de las representaciones y de las prácticas y la sociología, el de las estructuras y las organización social. Para algunos, entre los que nos incluimos, es cada vez mayor el convencimiento de que la razón de ser de la antropología y las claves de su identidad no se deben buscar en los objetos sujetos (los otros 'exóticos', en extinción o emergentes): su especificidad radica en el enfoque desde el cual se mira la realidad

y en los métodos que las diversas corrientes han ido construyendo de tal manera que su ejercicio no se refiere a tal o cual sujeto social sino a un tipo de imaginación antropológica para solucionar problemas urgentes relacionados con cualquier grupo humano, desde la óptica de la diversidad y las identidades. Otro de los rasgos identitarios es sin duda el trabajo de campo etnográfico, de cuyo cultivo depende el futuro de la disciplina.

La necesaria diversidad y multiplicidad de temas y enfoques con los que los antropólogos y sociólogos deben lidiar implica también que el ejercicio de las ciencias sociales es mucho más exigente pues cada problema planteado requiere, según cada sujeto social en consideración, de herramientas distintas y específicas de análisis.

Creo que estos debates nos enriquecen y aceptar las interacciones y relaciones entre las ciencias es más productivo que encerrar la mirada en una sola dirección. Con respecto a lo que sucede en la Carrera de Antropología podemos afirmar que esta ha salido beneficiada al incorporar nuevos temas junto a la tradicional preocupación por las identidades étnicas que marcó su inicio y le dio vigencia.

¹¹ Lo que Adams afirma acerca de la antropología de Estados Unidos pudiera ser muy cierto también para la antropología ecuatoriana: "Algunos rechazarán mi argumento de que la antropología cultural debe ser el estudio del 'otro'. Sin embargo, desde mi punto de vista, los escasos e insignificantes intentos antropológicos por investigar la sociedad estadounidense del presente constituyen la excepción que confirma la regla. Primero, el número de estos estudios es pequeñísimo en comparación con el estudio de otros pueblos... Más importante aún, un alto porcentaje de los trabajos analizan algunos segmentos pequeños y periféricos de la sociedad estadounidense moderna que nosotros, el grueso

burgués de la población, fácilmente identificamos como 'otros'. Camareras, pregoneros del carnaval, ingenieros de máquinas, pandillas de barrios: estos son los grupos exóticos indígenas que hemos elegido como componentes de la antropología de los Estados Unidos... En ocasiones los antropólogos han duplicado los métodos y resultados de los sociólogos, pero no han obtenido resultados que los sociólogos no pudieran conseguir. Por tanto, mi opinión es simplemente que la antropología solo posee una aportación única cuando estudia al 'otro' (ADAMS, William Y.: *Las raíces filosóficas de la antropología*, Ed. Trotta, Madrid, 2003: 426-427).

- *Desplazamientos institucionales y de actores*

El escenario de instituciones que han propiciado el desarrollo de la antropología y las ciencias sociales también ha verificado cambios y transformaciones radicales: también en este aspecto, como en el de las teorías, las instancias se han diversificado y multiplicado afectando las orientaciones. Si bien la sociología tiene la tradición académica más antigua (se remonta a los años '30, en la Universidad Central del Ecuador) y la Antropología se inicia como carrera recién en los '70, en los recintos de la Universidad Católica de Quito, las Carreras de Antropología Aplicada y Gestión del Desarrollo pertenecientes hoy a la Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación de la UPS iniciaron apenas en 1987 y 1995 respectivamente y registran un rico acervo de vínculos y relaciones vitalizantes. Fueron las primeras de la UPS en ser impartidas bajo la modalidad semipresencial para favorecer la capacitación de actores de los movimientos sociales y del desarrollo realmente involucrados en el trabajo comunitario: gente de Iglesia (hoy por hoy, la institución con mayor cantidad de personal inserto en comunidades), facilitadores del desarrollo, educadores populares, miembros de comunidades indígenas, campesinas y afroecuatorianas comprometidos políticamente con sus comunidades, etc. Estas propuestas, en especial la Carrera de Antropología, ha vivido períodos de auge, crisis y de transformaciones correspondientes a los diversos contextos sociopolíticos del Ecuador y de Latinoamérica que pueden resumirse en tres momentos.

En un primer momento, las instituciones académicas relacionadas con la antropología y la sociología han sido actores clave en la constitución y fortalecimiento de los movimientos sociales de carácter étnico, indígenas y afroecuatorianos, a

partir de los años '80 a través de la generación de espacios para reforzar actores (en un primer momento externo) y modelar favorablemente la opinión pública. Diversas carreras de la PUCE (antropología y lingüística, principalmente) han formado líderes y asesores de las nacientes organizaciones indígenas; otras instituciones, como el Centro Cultural Abya Yala y el Centro Afroecuatoriano, también generaron espacios de capacitación de cuadros eclesiales muy vinculados con movimientos sociales, particularmente redes de misioneros, sacerdotes, laicos y religiosos empeñados en el fortalecimiento del movimiento indígena de las entonces llamadas 'minorías étnicas'. La 'crisis misionera' desatada por el Encuentro de Barbados (1971) afectó también a los antropólogos quienes asumieron un perfil mucho más discreto al convertirse en intelectuales orgánicos y asumir tareas de capacitación, asesoramiento, generación de vínculos y concertación de actores¹².

En este contexto se crea en Ecuador la Carrera de Antropología Aplicada (1987) ligada entonces a la UTPL para luego, a partir de 1994, formar parte de la FACHED de la UPS. Entonces, la carrera se desarrolló con relativo éxito debido a dos razones fundamentales:

a. Fuerte relación con redes latinoamericanas de misioneros insertos en comunidades indígenas de los Andes y de la Amazonia para quienes la antropología llegó a constituirse en una herramienta privilegiada de análisis de la realidad y de fortalecimiento de organizaciones indígenas.

¹² Ver JUNCOSA, José: "Momentos y tendencias en la producción editorial indígena". En: Encuentro Latinoamericano sobre la atención bibliotecaria a las comunidades indígenas. Universidad Autónoma de México, 2001: 161 ss.

b. La modalidad a distancia, la cual favoreció la demanda al captar estudiantes latinoamericanos a través de sedes en varios países latinoamericanos: Argentina, Brasil, Paraguay y Guatemala. En sus inicios, la Carrera no pretendía forjar investigadores sino profesionales de los movimientos sociales para intervenir y acompañarlos con las herramientas que brindan las ciencias sociales, en especial, la antropología; por lo tanto, no constaba entre sus fines ‘competir’ con o sustituir a otras iniciativas cuya vocación académica consistía en formar profesionales¹³. De hecho, la mayoría de los estudiantes iniciales de la carrera fueron misioneros comprometidos con el fortalecimiento de las organizaciones indígenas y diversos programas de educación bilingüe intercultural y se puede afirmar que la iniciativa ha transformado su práctica aunque ello no se revele en un elevado número de graduados.

En un segundo momento, los municipios y las regiones se convierten en nuevos escenarios de actoría social sin los cuales es imposible entender las transformaciones de las ciencias sociales en el Ecuador. Debido a la expansión de programas de desarrollo a partir de los ‘90, se generaron marcos de capacitación desde los enfoques del desarrollo local y participativo, esta vez, con una inclusión más clara de miembros de las comunidades indígenas, campesinas y afroecuatorianas. En este segundo contexto, la carrera de Antropología Aplicada diversificó el perfil de sus miembros al incorporar una mayor cantidad de laicos y líderes comunitarios a la vez que adquirió un mayor grado de formalidad al integrarse a la Universidad Politécnica Salesiana y adecuarse con mayor rigor a los requerimientos del CONESUP. A pesar de ello, este nuevo escenario no fue fácilmente absorbido por

absorbido por la carrera pues los temas demandados apuntarán a la gestión del desarrollo primero y a la gestión pública, luego.

Al mismo tiempo, se debilitaron las redes de instituciones misioneras que proveían la mayor parte de estudiantes de la Carrera de Antropología Aplicada, al optar por iniciativas autosuficientes y, en cierta medida, aisladas de las relaciones que en un momento les dieron vida. Debemos anotar que las instituciones misioneras y las organizaciones indígenas parecen vivir un proceso de cierta manera paralelo que los aleja entre sí y de los marcos disciplinares de la antropología al pasar de instancias de pensamiento e interpretación de la realidad a ejecutoras de planes de desarrollo e iniciativas muy puntuales de capacitación¹⁴.

En un tercer momento, a partir del 2000, tiene lugar en el Ecuador un escenario de intensa diversificación de programas de capacitación universitaria en ciencias sociales a partir de posgrados, en los que incursionaron FLACSO y la Universidad Andina, la Universidad Católica de Quito y la Central, entre otras universidades. Se desarrollan así, nuevos enfoques como el de género, el desarrollo local, la gestión del patrimonio cultural, encaminados al perfeccionamiento profesional de miembros de instituciones del desarrollo, estatales y territoriales. Las organizaciones indígenas, por otro lado, comienzan a estructurar propuestas académicas a través de la creación de sus propias universidades (todavía en consolidación) y

¹³ Ídem

¹⁴ En lo personal, me ha llamado siempre la atención el deterioro paulatino de la reflexión teológica eclesial en torno a las culturas aun a pesar de la consagración apoteósica y el espaldarazo oficial que recibiera la ‘inculturación’ a lo largo de las páginas del documento del CELAM realizado en Santo Domingo. Parecería que la institucionalización del tema no ha contribuido en mucho a revitalizar las redes de reflexión y pensamiento, hoy muchísimo más débiles y de cierta manera invisibles.

de nuevos programas de estudio para ser desarrollados en convenio con universidades, como la Licenciatura de Lingüística Andina (Universidad de Cuenca y DINEIB) o los programas de formación de líderes.

Otro elemento que caracteriza este período reciente es la incursión de organismos no gubernamentales en el desarrollo de propuestas académicas relacionadas con los movimientos sociales, las cuales serán retomadas por diversas universidades: es el caso de Instituto Latinoamericano de Investigación Social (ILDIS)¹⁵ y el Instituto alemán de Cooperación Técnica (GTZ, por sus siglas en alemán), entre otros, para citar algunas que invertirán recursos humanos y financieros para desarrollar enfoques aplicados a la política, la educación, el desarrollo local, el medioambiente y las organizaciones sindicales e indígenas. Por lo tanto, el panorama es mucho más complejo y en el cual los actores sociales aplicaron autonomía y libertad de movimiento para definir sus alianzas y contrapartes académicas con entidades y enfoques que antes no estaban presentes.

Durante este período, surgen marcos teóricos y metodológicos muy variados que obedecen a escuelas críticas (los estudios culturales, por ejemplo) y que favorecen la ya mencionada 'perspectiva del actor'. La antropología, a su vez, se expande hacia otros escenarios y modalidades tales como cursos realizados en y desde el exterior o en el Ecuador, y con modalidades que facilitan el acceso: modalidad a distancia, convenios institucionales, etc. Paradójicamente, este panorama no ha salvado a las ciencias sociales de una cierta sensación de crisis

¹⁵ La producción académica de estas instituciones de cooperación para el desarrollo, se expresan en cursos académicos, programas de capacitación y en una extensa línea editorial producida en Ecuador a partir de los años '90. Ver JUNCOSA, José: op. cit.

y de sentirse en minoría con respecto a otras ofertas académicas, tal como lo señalamos al inicio de nuestro artículo.

- Desplazamiento de niveles. La antropología: ¿un eje transversal o una carrera específica?

Otro de los desplazamientos significativos ha consistido en que las ciencias sociales pasaron de ser una opción profesional específica (una carrera) correspondiente al nivel de formación profesional de pregrado a constituirse en opciones de cursos y programas de posgrado. Así, la tendencia apunta a reforzar su presencia como una especialidad y no tanto como una carrera. Paralelamente a este fenómeno, se constata además que los temas claves de la sociología y de la antropología (cultura, identidad, diversidad, sociedad, organización social) se han diseminado hacia otras propuestas académicas como ejes transversales y como módulos muy puntuales debido a lo cual es posible afirmar que se ha ganado en presencia pero se ha perdido en especificidad. El panorama futuro, si se profundiza la tendencia, apunta a que los antropólogos serán casi inexistentes pero, en cambio, abundarán los médicos, los educadores, los capacitadores del desarrollo, los abogados y comunicadores que contarán con alguna especialidad o conocimientos puntuales en antropología o sociología. ¿Es este un futuro deseable?

Para orientar la respuesta al interrogante es necesario considerar la actitud de nuestros colegas antropólogos europeos ante lo que sucede en el marco de la homologación de los programas universitarios según los requerimientos de la Unión Europea y que da cuenta de los mismos procesos, tal vez por distintas razones¹⁶.

¹⁶ Me permito sistematizar una reciente conversación mantenida con la antropóloga española Montserrat Ventura, de la Universidad de Barcelona, en mayo del 2005.

Según las regulaciones vigentes, la antropología y la sociología no tendrían un lugar importante en las políticas públicas (tal como lo hemos señalado más arriba) debido a una supuesta incapacidad de absorción del mercado laboral respecto a los profesionales formados en esta disciplina.

Frente a este dilema, las diversas asociaciones de antropólogos proponen dos cosas: la primera consiste en desmentir la supuesta escasa demanda laboral para los antropólogos a través de la evidencia de que los potenciales lugares de trabajo no son tan pocos. Si es cierto que no todos trabajan en las aulas universitarias o en investigaciones antropológicas, muchísimos desarrollan su actividad como antropólogos en áreas que si bien los invisibilizan como tales no les impiden ejercer su profesión: la salud, las políticas públicas, la educación o la empresa constituyen algunas de estos nuevos espacios de creciente demanda de las destrezas propias de un antropólogo.

Creo que esto vale también para nosotros y si observamos nuestros graduados casi todos ellos se ubican en sitios de trabajos; aunque no directamente vinculados con la imagen tradicional del ejercicio del antropólogo se desempeñan como tales: gestión comunitaria, desarrollo de proyectos, gestión cultural, la empresa privada, educación, son algunos de los ámbitos donde nuestros colegas y graduados ejercen y desarrollan las herramientas aprendidas de su profesión. Lo contrario, el que la docencia y la investigación universitaria se convierta en el único escenario de ejercicio profesional, debería considerarse un síntoma preocupante que denotaría la mala salud de la carrera.

Frente a las presiones que ejercen la transversalidad y las interacciones con otras ciencias hacia la desaparición de la

antropología como opción profesional, la segunda posición de nuestros colegas consiste en defender a rajatabla su especificidad; precisamente porque las interacciones con otras ciencias son abundantes y frecuentes (con la comunicación y la sociología, sobre todo) es necesario mantener un escenario que desarrolle la antropología como disciplina, que cultive sus teorías y sus métodos a fin de enriquecer las interacciones antes que diluirse en ellas. Esta opción, estoy convencido, resulta válida también para nosotros, mucho más en una realidad donde el paradigma de la diversidad resulta una clave de comprensión y de convivencia entre los diversos sujetos sociales que constituyen la realidad latinoamericana y ecuatoriana.

2. Desafíos urgentes

Como hemos visto, las ciencias sociales -especialmente la antropología- se debaten en medio de una crisis necesaria y consustancial con sus postulados epistemológicos; sin embargo, se agudiza por una cultura globalizada que privilegia el conocimiento tecnológico y la competitividad laboral; además, los cuestionamientos provenientes de los mismos movimientos sociales arrojan sombras de duda respecto a su pretendida eficacia y utilidad para construir actores sociales y transformar la realidad. Por último, la misma academia pareciera favorecer la antropología más como una especialidad que como una carrera específica. Ante tales demandas y presiones los análisis interpretativos de los fenómenos socioculturales que caracterizan la antropología parecerían tener muy poco futuro. Sin embargo, nuestra postura insiste en que por lo pronto las ciencias sociales, en especial la antropología, no deben asumir una actitud defensiva respecto a estos cuestionamientos como si no fueran pertinentes: la generación y distribución

equitativa de la riqueza y la competitividad laboral son tan válidos como criterios de juicio y evaluación como el aporte respecto a los cambios y transformaciones sociales y el refuerzo de las actorías sociales. Al mismo tiempo, defendemos una posición a favor de la especificidad de la carrera y de una presencia explícita de las ciencias sociales en la Universidad para contribuir a su misión y visión.

Por último, pongo a consideración de la comunidad universitaria los siguientes desafíos, pensados no tanto para solucionar los enormes problemas de la antropología a nivel global y continental sino para definir su papel al interno de nuestra Universidad. Como es evidente, los desafíos teóricos ocupan un lugar muy importante, no obstante las urgencias y el carácter inmediato de las encrucijadas coyunturales.

a) La antropología y las ciencias sociales se orientan, cada vez más, a considerar problemas prácticos relacionados con la equidad, los derechos humanos y la participación política, es cierto; pero su aporte consiste en una lectura que dé cuenta explícitamente de la teoría en uso para enfrentarlos; recordemos que no son los objetos de investigación ni los sujetos que reflexionamos los que definen la antropología sino el enfoque con el que nos acercamos a ellos (la ‘imaginación antropológica’); son las destrezas teóricas y metodológicas las que nos permiten dar cuenta de una visión comprensiva de la realidad social. De esta línea emerge el primer gran desafío que consiste en no renunciar a la teoría. El debate en torno a la epistemología de las ciencias sociales, debe privilegiar aquellos enfoques más coherentes con la misión y la visión de la Universidad, en especial los que favorecen el reconocimiento de la ya mencionada recuperación de la ‘perspectiva del actor’ y del carácter relacional del conocimiento como única forma de superar

las pretensiones de objetividad y las actitudes coloniales del saber sin renunciar al uso de la teoría. Debemos saludar el que la FACHED haya creado un grupo de trabajo en esta línea y aspiramos a que sus resultados orienten nuestro trabajo docente.

b) Otro de los desafíos teóricos consiste en trascender los dualismos que atraviesan el ejercicio de las ciencias sociales pero sin por ello eliminar las paradojas y las tensiones tan propias del concepto de cultura que lo convierten en una herramienta a la vez tan útil como fascinante, a medio camino entre las ciencias naturales y la filosofía, entre las explicaciones de carácter individual y otras colectivas; entre lo concreto y lo abstracto. Uno de los dualismos más discutidos en la actualidad a superar, es el que diferencia radicalmente entre representaciones y prácticas (como si el pensamiento y las representaciones no fueran ya una acción humana y una praxis). Se suele reprochar, y con razón, que la antropología enfatiza demasiado el polo simbólico de la cultura (las representaciones o los ‘saberes’) y excluye de su análisis las prácticas.

Existen, por lo tanto, una serie de conceptos que usamos profusamente sin establecer con claridad sus límites y consecuencias para el análisis y cuya investigación es vital para orientar los aprendizajes y el desarrollo de la antropología. Un programa mínimo para desarrollar conceptos claves tales como ‘representaciones’, ‘prácticas’, ‘imaginario’ redundará en el crecimiento de la carrera. El diálogo con los colegas de la carrera de Gestión Local para el Desarrollo también corrobora la necesidad de incorporar en la antropología la reflexión sobre las prácticas, sobre cómo la gente hace las cosas, a fin de una noción de ‘lo aplicado’ más profunda y justa con los actores. La superación de los dualismos y la recuperación

de la paradoja compleja implica también la necesaria redimensión del concepto de 'cultura' y de su alcance ya que esta no lo explica todo, como se suele asumir con ligereza: es necesario también incorporar la historia y la economía, entre otras ciencias que permiten una mirada más amplia e interdisciplinaria.

Un buen punto de partida para emprender este cometido es concebir la realidad social como resultado de una práctica social¹⁷; tanto el investigador (sus teorías y métodos) como su objeto/sujeto (lo que la gente dice, piensa y hace) forman parte de un mismo contexto en el que esas prácticas son, a la vez, producto y productoras de sentido. En lugar de concebir la sociedad y la cultura como realidades que 'están ahí', tal visión revaloriza el carácter relacional de la investigación, relación que tensiona e integra la objetividad con la subjetividad, la teoría con los datos y con el trabajo de campo, al investigador con su objeto y sujetos fuentes de información, lo universal con lo particular, el punto de vista del investigador y el de los actores sociales. Se intenta superar así, las corrientes objetivistas de la cultura (como realidad que los sujetos asimilan pasivamente), las corrientes subjetivistas (la cultura como realidad que el sujeto construye autónomamente), y las corrientes interpretativistas y positivistas (la cultura como dato objetivo donde el rol del investigador oculta las racionalidades de los actores). Se puede su-

perar así, reducir la antropología a su nuevo ejercicio teórico o a simplificar la etnografía como fuente de información o ejemplificación de teorías y la reflexión del método etnográfico.

c) Es preciso, además, tomar en cuenta que el desarrollo teórico no garantiza por sí mismo satisfacer los requerimientos de la antropología. Su breve historia en el Ecuador demuestra que los buenos momentos se deben a la capacidad de articulación de las entidades académicas con los movimientos sociales y sectores demandantes de ciencias sociales. Por lo tanto, potenciar y enriquecer los vínculos institucionales de las carreras con instancias de la sociedad civil, organismos públicos y movimientos sociales es fundamental para su vigencia. En momentos en que la oferta se ha diversificado y calificado competir no es fácil, pero es el único camino.

d) El último desafío que propongo, entre muchísimos otros tan urgentes y necesarios (como el desafío pedagógico), es incrementar las relaciones de la carrera de Antropología con las diversas carreras al interno de la FACHED y de la Universidad, la interacción con la carrera de Psicología, por ejemplo, rendiría muchísimos frutos teóricos y prácticos a fin de superar una visión ingenua del individuo entrampada en una noción de sujeto pasivo ante la cultura o bien, de demiurgo omnipotente capaz de transitar todas las

¹⁷ En este punto, me baso en el excelente punto de vista epistemológico de la obra ya citada de GUBER, Rosana (El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Paidós, Buenos Aires, 2004: 55 ss) que considera la antropología como una mediación entre las teorías y las concepciones de los actores a través del trabajo de campo etnográfico. Al mismo tiempo, reivindica el uso reflexivo y respetuoso de los métodos de investigación que buscan reforzar la conciencia histórica de los sujetos sociales y a superar estilos de investigación socio o etnocéntricos, invasivos, subjetivistas y simplificadores de la complejidad de los

actores. Sin estos requisitos y enfoques se corre el peligro de que el adiestramiento en el uso del trabajo de campo etnográfico se convierta en el despliegue recetario de técnicas (el registro, la entrevista, la observación) con respecto a las cuales el investigador se siente incapaz de controlar su orientación y las implicaciones pragmáticas para los objetos/sujetos del conocimiento, incluso con respecto a los fines y orientaciones de la investigación.

identidades sin traumas ni vacíos, aspecto que ha sido reconocida como una de las falencias más agudas de la antropología contemporánea¹⁸. El mismo fruto rendiría la interacción con otras carreras, como Pedagogía, donde la reflexión no debiera reducirse al ámbito de la educación intercultural bilingüe sino extenderse también al tratamiento de la diversidad en el aula y a los mecanismos de generación de ‘culturas del aprendizaje’, además de incorporar la etnografía como método de investigación de la enseñanza. También las interacciones con la carrera de Teología Pastoral podrían ser muy ricas habida cuenta del lugar central del concepto de inculturación y del conjunto de interrogantes antropológicos que surgen de la pastoral misionera y el encuentro con otras religiones y culturas. De hecho, el escenario pastoral ha sido el que ha dado fuerza y sentido a nuestra carrera y hoy no ocupa el lugar que debiera aun a pesar de la necesidad de revitalizar el debate. La clave es ofrecerles un motivo de investigación etnográfico útil para comprender la realidad.

Debemos mencionar además, el aporte que la antropología puede hacer al naciente interés y opción de la Universidad por las carreras relacionadas con la administración, el liderazgo y la gerencia, temas cada vez más frecuentes y visibles de la literatura contemporánea, no siempre tan lejanos de los movimientos sociales como solemos suponer. Muchos de nosotros hemos sentido la necesidad de incursionar en o ser objeto de jornadas de capacitación en temas como el ‘conflicto’, la ‘reingeniería social’, la ‘comunicación corporativa’, el ‘marketing social’, la ‘calidad total’, entre otros, al for-

mar parte de organizaciones o estar vinculados al desarrollo. La creciente preocupación por controlar y conocer las diversas modalidades de organización e interacción al interno de cualquier tipo de forma institucional es un punto neurálgico dentro de la racionalidad contemporánea. Ante esto: ¿qué tenemos que decir los antropólogos del fenómeno organizacional? ¿Cuál puede ser nuestro aporte específico para generar lecturas diferentes, más allá del paradigma de racionalidad eficiente imperante? ¿Cómo construir lecturas fundadas en el respeto a la diversidad que hagan posible vislumbrar nuevas maneras de gerencia? ¿Cómo aportar a nuestra Universidad para enriquecer los aportes y proporcionar una visión crítica?

En conclusión, los desafíos de la carrera son muy grandes y a largo plazo, todos ellos enmarcados en el quehacer académico. Ojalá se consolide cada vez más el trabajo en equipo y se fortalezcan los vínculos entre las carreras rompiendo barreras y superando la tentación de generar compartimentos estancos y autosuficientes como condición indispensable para superar la crisis que atravesamos.

¹⁸ Ver el excelente artículo de MENÉNDEZ, Eduardo: “Presencias y ausencias en la antropología actual” (CIESAS), 2000.